

EL RECUADRO

La deriva separatista que ha tenido su último episodio, hasta ahora, el pasado 1 de octubre, vuelve la triste exigencia de recordar lo evidente o, parafraseando a Bertold Brecht, "que tiempos serán los que vivimos que es necesario defender lo obvio".

Obvio es que España es uno de los países más antiguos de Europa y Cataluña ha sido siempre una parte de ella sin la que no es posible entender plenamente España, del mismo modo que no se puede entender Cataluña sin su profunda imbricación en España.

Obvio es que las sociedades democráticas se basan en el respeto escrupuloso a las leyes que nos hemos dado y que su cumplimiento no es opcional, ni se puede elegir que parte del ordenamiento jurídico interesa cumplir en cada momento, o disfrutar de los derechos que de él se derivan y prescindir de los deberes que genera.

Obvio es que las decisiones políticas que afectan a un todo, si quieren ser realmente democráticas y respetuosas, no pueden ser tomadas por una parte del todo. La Soberanía Nacional reside en todos los españoles, y las decisiones que a ella afecten sólo pueden ser tomadas por todos los ciudadanos en su conjunto.

Evidente es que la secesión de Cataluña del resto de España sería una tragedia económica de consecuencias gravísimas e imprevisibles para el conjunto de España y muy especialmente para Cataluña que lejos de solucionar sus verdaderos problemas los agravaría y, con toda seguridad, crearía otros nuevos.

Es evidente que la fractura social y emocional que se está alimentado insensatamente en el conjunto del país, pero muy especialmente en Cataluña, rompe relaciones afectivas establecidas durante siglos, poniendo en riesgo todo lo construido a partir de ellas.

Es evidente que la separación de Cataluña del resto de España y la ilusoria arcadia que algunos creen que generaría, va contra la lógica de la historia y contra el verdadero proceso de construcción de sociedades más abiertas y solidarias, y más capaces de generar progreso y bienestar para sus ciudadanos.

Esa separación sería una regresión, un doloroso y perjudicial paso atrás, en el proceso de construcción de "La Europa de los Ciudadanos" que, progresivamente, está permitiendo superar los conceptos de Estado, Comunidad o Región.

Evidente es que España es un país desarrollado, entre los veinte primeros del mundo en prácticamente todos los indicadores que definen el desarrollo económico y el bienestar social y que cualquier proceso fragmentador frenará la progresión que, desde que está vigente la actual Constitución, hemos conseguido.

Es evidente que con ese esfuerzo conjunto hemos logrado el período más largo e intenso de crecimiento económico de nuestra Historia, basado en la estabilidad institucional y en el esfuerzo de la mayoría de los españoles por incrementar los niveles de libertad, cohesión social y prosperidad.

Es evidente que son muchos los que, lejos de contribuir a mejorar las cosas, parecen empeñados en agravar una situación que, al margen de todo lo antedicho, se ha convertido en nuestro mayor problema y el peor escollo al que se enfrenta nuestra economía.

Es obvio que la separación supondría una ruptura de su progreso para el conjunto de la economía española y el aislamiento para la catalana. Y todo ello en un proceso global empeñado en todo lo contrario, eliminar barreras artificiales y generar amplios mercados con la masa crítica suficiente para desarrollarse aunando objetivos sociales, económicos y políticos.

La mayoría de los ciudadanos asiste atónita a una batalla para la que todavía es posible encontrar soluciones desde la sensatez, el realismo y el respeto a la ley que es el manual que del que nos hemos dotado para resolver las diferencias en cualquier ámbito. Y es evidente que nunca es tarde para esforzarse en el entendimiento, la convivencia y la integración que deben sustituir al enfrentamiento, la división y la desconfianza.